





La balsa de piedra, 11

Confesión de un asesino,  
contada en una noche

Joseph Roth  
Confesión de un asesino,  
contada en una noche

Traducción de Carlos Fortea

 mármara

Título original: *Beichte eines Mörders, erzählt in einer Nacht*

Primera edición: mayo de 2019

© 2019 de la traducción: Carlos Fortea

© 2019 de esta edición: Mármara Ediciones

[www.marmaraediciones.es](http://www.marmaraediciones.es)

Diseño: Carlos Úbeda

Ilustración de solapa: Rosa Navarro

Imagen de portada: *Ficha de V. N., Departamento de Seguridad (Ojra), 1907*

Impresión: Kadmos

Impreso en España — Printed in Spain

ISBN: 978-84-120080-0-5

Depósito legal: M-7421-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Hace algunos años, vivía en la Rue des Quatre Vents. Frente a mis ventanas estaba el restaurante ruso Tari–Bari. Solía ir a menudo a comer allí. Era posible tomar a cualquier hora del día una sopa de remolacha, pescado asado y estofado de ternera. A veces, me levantaba tarde. Las casas de huéspedes francesas, en las que las horas tradicionales de las comidas se observan con toda severidad, se preparaban ya para la cena. En cambio, en el restaurante ruso el tiempo no representaba ningún papel. De la pared colgaba un reloj de metal. A veces estaba parado, a veces iba mal; no parecía indicar el tiempo, sino querer burlarse de él. Nadie lo miraba. La mayoría de los clientes de aquel restaurante eran emigrantes rusos. E incluso aquellos que en su patria podían haber tenido sentido de la puntualidad y la exactitud, o lo habían perdido en el

extranjero o se avergonzaban de demostrarlo. Era como si los emigrantes se manifestaran conscientemente en contra de la mentalidad calculadora, que todo lo calculaba y todo lo tenía tan calculado, del occidente europeo, como si se esforzaran no solo en seguir siendo auténticos rusos, sino en jugar a ser «auténticos rusos», en responder a las ideas que el occidente europeo se ha hecho de los rusos. Así que el reloj que iba mal o que se detenía, en el restaurante Tari-Bari, era más que un adorno casual: era simbólico. Las leyes del tiempo parecían haber sido abolidas. A veces observaba que incluso los taxistas rusos, que sin duda tenían que observar unos horarios determinados, estaban tan poco preocupados por la marcha del tiempo como los otros emigrantes que no tenían trabajo y que vivían de las limosnas de sus compatriotas con recursos. Había muchos de esos rusos sin empleo en el Tari-Bari. Se sentaban allí a todas horas, entrada la tarde e incluso la noche, cuando el dueño y los camareros empezaban a ajustar las cuentas, la puerta ya estaba cerrada y solamente seguía encendida una única lámpara encima de la



caja registradora. Aquellos huéspedes se iban del restaurante junto con el dueño y los camareros. A algunos de ellos, sin techo o embriagados, el dueño les dejaba pasar la noche allí. Era demasiado agotador despertarlos e, incluso si se les hubiera despertado, se habrían visto obligados a buscar refugio en casa de otro compatriota. Aunque la mayoría de los días, como he dicho, yo mismo me levantaba muy tarde, al acercarme casualmente a la ventana podía ver a veces que el Tari-Bari ya estaba abierto y «a pleno rendimiento», como dice el eslogan de las casas de comidas. La gente entraba y salía. Al parecer tomaban el desayuno allí, a veces incluso un primer desayuno etílico. Porque yo veía salir tambaleándose a algunos que habían entrado con paso muy seguro. Podía reconocer algunos rostros y figuras. Entre los que llamaban la atención lo bastante como para quedárseme grabados, se encontraba un hombre del que podía suponer que era posible encontrarlo a cualquier hora del día en el restaurante Tari-Bari. Porque, por más veces que me acercara a la ventana por la mañana, lo veía delante de la puerta del establecimiento, acompa-

ñando a clientes o saludándolos. Y, por más tarde que acudiera a comer, él estaba sentado a una de las mesas, charlando con los clientes. Y si me acercaba tarde al Tari-Bari, poco antes de la «hora de cierre», como dicen los especialistas, a tomar una copa de aguardiente, aquel desconocido estaba sentado junto a la caja y ayudaba al dueño y a los camareros a ajustar las cuentas. Con el paso del tiempo, también él parecía haberse acostumbrado a verme, y me consideraba una especie de colega. Me hacía la distinción de considerarme un cliente habitual como él, y a las pocas semanas me saludaba con la elocuente sonrisa de reconocimiento que se dedican los viejos conocidos. Admito que al principio aquella sonrisa me molestaba... porque le daba al rostro de aquel hombre, normalmente honrado y simpático cuando no sonreía, un rasgo no exactamente repelente, pero sí, por así decirlo, sospechoso. Su sonrisa no era clara, no iluminaba el rostro, sino que era, a pesar de toda su amabilidad, sombría, sobrevolaba como una sombra el rostro, una sombra amigable. Así que hubiera preferido que aquel hombre no sonriera.

Naturalmente, yo devolvía la sonrisa por amabilidad. Y esperaba que aquella mutua sonrisa fuera temporalmente, o incluso por largo tiempo, la única expresión de nuestro conocimiento. En silencio, me proponía incluso evitar el local si, un día, el desconocido empezaba a dirigirme la palabra. Pero con el tiempo abandoné también esa idea. Me acostumbré a la sombría sonrisa, empecé a interesarme por el cliente fijo. Y poco después incluso sentí despertar en mí el deseo de trabar un mayor conocimiento con él.

Es hora de que lo describa con un poco más de detalle: era alto, de hombros anchos, de pelo rubio ceniciento. Con claros ojos azules, a veces brillantes, jamás nublados por el alcohol, miraba de frente a la gente con la que hablaba. Un gran bigote, muy cuidado, rubio ceniza, horizontal, separaba la parte superior de su ancho rostro de la inferior, y ambas partes del rostro eran igual de grandes. Eso le hacía parecer un tanto aburrido, insignificante, es decir: sin secreto alguno. Yo mismo había visto en Rusia cientos de hombres así, docenas de ellos en Alemania y en otros países. Llamaban la

atención en aquel hombre alto y fuerte las manos largas y delicadas y un paso suave, sigiloso, casi inaudible, y unos movimientos de alguna manera lentos, titubeantes y cautelosos. Por eso a veces me parecía que su rostro albergaba de todos modos algo misterioso, precisamente cuando fingía esa sinceridad recta y luminosa, y que aquel hombre solo miraba honestamente con sus ojos azules a la gente con la que hablaba porque podía imaginar que cabía tener motivos para desconfiar de él si no lo hacía. Y aun así, al verlo me decía una y otra vez que, si podía mostrar una imagen tan perfecta, aunque ingenua, de la sinceridad personificada, tenía que ser muy sincero para mostrar una imagen tan perfecta, aunque ingenua, de la sinceridad personificada. La sonrisa con la que me saludaba quizá solo era tan oscura por timidez: aunque los grandes dientes brillaban y el bigote relucía dorado, como si por así decirlo durante la sonrisa perdiera su gris color mixto y se volviera más rubio. Se ve que el hombre me iba resultando cada vez más agradable. Y pronto empecé incluso a alegrarme un poquito de verlo al llegar a

la puerta del local, exactamente igual que con la espera del aguardiente y con el familiar saludo del grueso y agradable dueño.

En el Tari-Bari, yo nunca había dado a conocer que entiendo la lengua rusa. Sin embargo, en una ocasión en la que me senté a la misma mesa que dos chóferes, ellos me preguntaron directamente cuál era mi nacionalidad. Respondí que alemán. Si tenían la intención de tratar secretos delante de mí, fuera en la lengua que fuera, les rogaba que lo hicieran después de que me marchase. Porque entendía bastante todas las lenguas europeas. Como justo en ese momento quedó libre otra mesa, me levanté y dejé a los chóferes a solas con sus secretos. Así que ya no pudieron preguntarme, como claramente era su intención, si también entendía ruso. Y por tanto seguía sin saberse.

No obstante, un día se supo, una tarde más bien o, para ser completamente exactos, a una hora tardía de la noche. Y gracias al rubio ceniciento, que en aquel momento estaba sentado justo enfrente del bufé, por excepción callado y casi triste, si es que puede aplicársele tal denominación.

Llegué poco antes de medianoche, con la intención de tomar un solo aguardiente y marcharme después. Así que ni siquiera escogí una mesa, sino que me quedé de pie en la barra, junto a otros dos huéspedes tardíos que también parecían haber venido a por un aguardiente pero, en contra de su plan original, habían tenido que quedarse más tiempo; porque delante de ellos había algunos vasos vacíos y medio vacíos, aunque entretanto podía parecerles que solo habían tomado uno. Así de rápido pasa a veces el tiempo cuando uno está de pie junto a la barra de un local en vez de sentarse. Cuando uno se sienta a una mesa, al momento se pasa por alto cuánto se ha tomado, y el paso de las agujas del reloj solo se nota en el número de copas vacías. En cambio, si se entra en un local solo «para una copa», como suele decirse, y se queda uno de pie en la barra, se bebe y se bebe y se cree que todo forma parte de esa primera copa que uno pensaba tomar. Aquella tarde pude observarlo en mí mismo. Porque, igual que los otros dos, tomé uno y luego otro y después un tercero, y seguía allí de pie, como esas

personas siempre apresuradas y siempre con retraso que entran a una casa, no se quitan el abrigo, mantienen la mano en el picaporte, parecen a punto de decir adiós en cualquier momento y sin embargo se quedan más que si hubieran tomado asiento. Ambos clientes conversaban en voz bastante baja con el dueño, en ruso. Sin duda el cliente habitual de pelo rubio ceniciento solo podía oír a medias lo que allí se decía. Estaba sentado bastante lejos de nosotros, lo veía en el espejo de detrás de la mesa del bufé, y tampoco parecía interesado en oír la conversación o participar en ella. También yo hice, conforme a mi costumbre, como si no entendiera nada. Pero de pronto una frase golpeó por así decirlo mi oído como si tuviera vida propia. No pude resistirme a ella. Aquella frase rezaba: «¿Por qué estará hoy tan sombrío nuestro asesino?». La había dicho uno de los dos clientes, y al hacerlo había señalado con el dedo la imagen en el espejo del rubio ceniciento detrás del bufé. Involuntariamente, me volví hacia ellos, revelando que había entendido la pregunta. Enseguida me miraron con un poco

de desconfianza, pero sobre todo sorprendidos. Los rusos tenían, no sin razón, miedo a los espías, y yo quería evitar a toda costa que me tomaran por uno de ellos. Pero, al mismo tiempo, me interesaba aquella inusual denominación, «nuestro asesino», hasta el punto de que al principio decidí preguntar por qué llamaban así al rubio. Había podido observar, cuando me di la vuelta, que el cliente tan inusualmente mencionado también había oído la pregunta. Asintió sonriendo. Y probablemente habría respondido él mismo si yo me hubiera mantenido indiferente y no me hubiera convertido en ese breve minuto en objeto de duda y desconfianza.

—¿Así que es usted ruso? —me preguntó el dueño.

«No», iba yo a responder, pero, para mi sorpresa, el rubio respondió por mí a mi espalda:

—Este cliente habitual nuestro entiende ruso y es alemán. Solo que siempre lo ha ocultado por discreción.

—Así es —confirmé, me volví y dije—: Gracias, caballero.



—De nada —dijo él, se levantó y vino hacia mí—. Me llamo Golubtschik —dijo—. Semion Semionovich Golubtschik.

Nos dimos la mano. El dueño y los otros dos clientes se echaron a reír.

—¿Cómo sabe usted eso de mí? —pregunté.

—No se ha estado en vano en la policía de fronteras rusa —dijo Golubtschik.

Yo me construí al instante una historia fenomenal. Ese hombre, pensé, había sido un antiguo funcionario de la Ojrana, y había matado a un espía comunista en París; por eso aquellos emigrantes rusos blancos le habían llamado «nuestro asesino» de forma tan inofensiva y casi conmovedora, sin asustarse de él. Sí, quizá los cuatro estaban en lo mismo.

—¿Y dónde ha aprendido nuestra lengua? —me preguntó uno de los dos clientes. Y, una vez más, Golubtschik respondió en mi lugar:

—Sirvió en el frente oriental durante la guerra, y estuvo seis meses en el llamado ejército de ocupación.

—Es cierto —confirmé.

—Luego —prosiguió Golubtschik— volvió a Rusia, quiero decir: ya no a Rusia, sino a la Unión Soviética, por encargo de un gran periódico. ¡Es escritor!

Aquel exacto informe sobre mi persona no me sorprendió mucho. Porque había bebido ya bastante, y en ese estado apenas podía distinguir lo extraño de lo obvio. Fui muy cortés y dije, con cierta afectación:

—Le agradezco el interés que ha mostrado hacia mí durante tanto tiempo, y la distinción que me hace con él.

Todos rieron. Y el dueño dijo:

—¡Habla como un burócrata del viejo San Petersburgo!

Con eso quedó borrada toda duda acerca de mi persona. Incluso me miraron con benevolencia, y siguieron otras cuatro rondas, que tomamos a nuestra respectiva salud.

El dueño fue hacia la puerta, la cerró, apagó cierto número de luces y nos pidió a todos que nos sentáramos. Las agujas del reloj de la pared señalaban las ocho y media. Yo no llevaba reloj, y me

pareció inapropiado preguntar la hora a uno de los huéspedes. Más bien me hice a la idea de que iba a pasar allí la mitad de la noche, o toda ella. Teníamos delante una gran jarra de aguardiente. Había que vaciarla, calculaba yo, al menos hasta la mitad. Así que pregunté:

—¿Por qué lo han llamado de forma tan extraña antes, señor Golubtschik?

—Es mi mote —dijo—, pero a su vez no es del todo un mote. Hace muchos años maté a un hombre y —según creí entonces— a una mujer.

—¿Un atentado político? —preguntó el dueño, y me quedó claro que tampoco los otros sabían nada más que el mote.

—¡En absoluto! —dijo Semion—. No soy en modo alguno una persona política. No me interesan nada los asuntos públicos. Amo lo privado. Solo eso me interesa. Soy un buen ruso, aunque un ruso de un territorio marginal... nací en la antigua Volinia. Pero nunca he podido entender a mis camaradas de juventud, con sus locos deseos de dar a toda costa su vida por alguna idea loca, o aunque fuera normal. ¡No! ¡Créame! La

vida privada, la simple humanidad, es más importante, más grande, más trágica que todo lo público. Y eso quizá suene absurdo para los oídos actuales. Pero es lo que creo. Lo creeré hasta mi última hora. Jamás habría podido reunir la suficiente pasión política como para matar a una persona por motivos políticos. Tampoco creo que un criminal político sea mejor o más noble que los demás, suponiendo que se piense que un criminal, sea de la clase que sea, no pueda ser una persona noble. Yo, por ejemplo, he matado y me considero una buena persona. Una bestia, para decirlo claramente, señores: una mujer, me impulsó al crimen.

—¡Qué interesante! —dijo el dueño.

—¡En absoluto! Es algo muy cotidiano —dijo con modestia Semion Semionovich—. Y a la vez no tan cotidiano. Puedo contarles mi historia en muy pocas palabras. Y verán que es una historia muy simple.

Empezó. Y la historia no fue ni corta ni banal. Por eso he decidido transcribirla aquí.



—Les he prometido una historia breve —empezó Golubtschik—, pero veo que al menos al principio tengo que remontarme mucho, así que les pido que no se impacienten. Ya les he dicho antes que solo me interesa la vida privada. Tengo que volver a eso. Quiero decir que, si se prestara suficiente atención, habría que llegar necesariamente al resultado de que todos los llamados grandes acontecimientos históricos son atribuibles, en realidad, a algún momento de la vida privada de sus causantes, o a varios momentos. No llega uno en vano, es decir, sin una causa privada, a general, anarquista, socialista o reaccionario, y todas las acciones grandes y nobles y vergonzosas que en alguna medida han cambiado el mundo son consecuencia de acontecimientos insignificantes de los que no tenemos idea alguna. Ya les dije antes que he sido espía. Me he roto la cabeza preguntándome por qué precisamente yo fui escogido para practicar tan maldito oficio, porque no hay nada de bueno en él y sin duda no es grato a Dios. Sigue habiendo gen-

te así, que el diablo me lleve, sin duda. Fíjense, ya no vivo de eso, pero no puedo dejarlo, no puedo dejarlo. Sin duda hay un demonio del espionaje o la soplonería. Si alguien me interesa, como por ejemplo este caballero, el escritor —Golubtschik me señaló con la cabeza—, no puedo descansar, o más bien hay algo que no descansa en mí, hasta que he investigado quién es, cómo vive, de dónde procede. Porque, naturalmente, aún sé más de usted de lo que imagina. Vive ahí enfrente, y a veces, por las mañanas, se asoma en pijama a la ventana. Pero bueno, no estamos hablando de usted, sino de mí. Así que prosigamos. No era grato a Dios, pero su insondable decisión lo había determinado para mí.

Ustedes conocen mi nombre, caballeros, o prefiero decir: amigos míos. Porque es mejor decir «amigos míos» cuando se cuenta, según la vieja costumbre de mi patria. Mi apellido, como saben, es Golubtschik\*. Pregúntense si está

---

\* Golubtschik significa en ruso: palomita.

justificado. Siempre fui alto y fuerte, ya de niño era mucho más alto y fuerte que mis compañeros; y precisamente yo tengo que llamarme Golubtschik. Bueno, hay algo más: no me llamo así con justicia, quiero decir; conforme al Derecho Natural. Porque ese era el apellido de mi padre legítimo. Sin embargo mi verdadero nombre, mi nombre natural, el nombre de mi padre natural, era Krapotkin... y me doy cuenta de que no pronuncio este nombre sin blasfema arrogancia. Ya ven: fui un hijo ilegítimo. Al príncipe Krapotkin le pertenecían, como sabrán ustedes, muchas fincas en todas partes de Rusia. Y un día le apeteció comprar también una finca en Volinia. Esa gente tiene sus caprichos. En esa ocasión conoció a mi padre y a mi madre. Mi padre era forestal mayor. En realidad, Krapotkin estaba decidido a despedir a todos los empleados del anterior señor. Pero al ver a mi madre los despidió a todos... excepto a mi padre. Y así ocurrió. Mi padre, el forestal Golubtschik, era un hombre sencillo. Imagínense a un forestal rubio y corriente, con el habitual ropaje de su oficio, y tendrán delante de sus ojos a

mi padre legítimo. Su padre, mi abuelo, aún había sido siervo. Y comprenderán que el forestal Golubtschik no tuvo nada que objetar a que el príncipe Krapotkin, su nuevo señor, hiciera frecuentes visitas a mi madre a una hora en la que las mujeres casadas, en nuestro país, solían yacer al lado de sus maridos. No necesito decirles nada más: al cabo de nueve meses vine al mundo, cuando mi verdadero padre llevaba ya tres meses en Petersburgo. Enviaba dinero. Era un príncipe y se comportaba exactamente como tiene que comportarse un príncipe. Mi madre no lo olvidó en su vida. Lo deduzco del hecho de que, aparte de mí, no trajo ningún otro hijo al mundo. Eso significa que después de la historia con Krapotkin se negó a «cumplir sus obligaciones conyugales», como dicen los libros de leyes. Yo mismo recuerdo muy bien que el forestal Golubtschik y mi madre nunca durmieron juntos en la misma cama. Mi madre dormía en la cocina, en un catre improvisado, en el banco de madera, bastante duro, justo debajo del icono, mientras el forestal ocupaba completamente solo el espacioso lecho conyugal



del dormitorio. Porque tenía suficientes ingresos como para poderse permitir dormitorio y cocina. Vivíamos al borde de lo que se conoce como «bosque negro», porque había también un bosque clareado de abedules, y el nuestro era de abetos. Vivíamos apartados, a unas dos o tres verstas del pueblo más próximo. Se llamaba Voroniaki. Mi padre legítimo, el forestal Golubtschik, era, en el fondo, un hombre apacible. Nunca oí una disputa entre él y mi madre. Los dos sabían lo que se interponía entre ellos. No hablaban del asunto. Pero un día —puede que yo tuviera ocho años por entonces— un campesino de Voroniaki se presentó en nuestra casa, preguntó por el forestal, que en esos momentos estaba patrullando los bosques, y se sentó cuando mi madre le dijo que su marido no volvería a casa hasta entrada la tarde.

—Bueno, tengo tiempo —dijo el campesino—. Puedo esperar hasta la tarde y hasta medianoche y hasta después. Puedo esperar hasta que me encierren. ¡Y para eso falta por lo menos un día!

—¿Por qué habrían de encerrarlo? —preguntó mi madre.

—Porque he estrangulado a Arina, a mi propia hija Arina, con estas manos —respondió sonriente el campesino.

Yo estaba acuclillado junto a la estufa, ni mi madre ni el campesino me prestaban la menor atención, y recuerdo muy bien aquella escena. ¡Nunca la olvidaré! Nunca olvidaré cómo sonrió el campesino, y cómo bajó la vista hacia sus manos extendidas al decir aquellas terribles palabras. Mi madre, que en ese momento estaba amasando hojaldre, dejó la harina, el agua y el huevo a medio hacer encima de la mesa de la cocina, se persignó y entrelazó las manos sobre su delantal azul, se acercó a la visita y preguntó:

—¿Ha estrangulado usted a su Arina?

—¡Sí! —confirmó el campesino.

—Pero, ¿por qué, por el amor de Dios?

—Por prostituirse con su marido, el forestal Semion Golubtschik. ¿No se llama así su forestal?

El campesino dijo todo aquello con una sonrisa, una sonrisa oculta, que asomaba por así decirlo detrás de sus palabras, como a veces lo hace la luna detrás de unas nubes negras.

—Yo tengo la culpa —dijo mi madre. Lo oigo como si lo hubiera dicho ayer. He retenido sus palabras. (Pero entonces no las entendí). Volvió a persignarse. Me cogió de la mano. Dejó al campesino en nuestra casa y recorrió conmigo el bosque, gritando sin parar el nombre de Golubtschik. Nadie contestó. Volvimos a casa, y el campesino seguía sentado allí.

—¿Quiere gachas? —preguntó mi madre cuando empezamos a comer.

—No —dijo, sonriente y cortés, nuestro huésped—, pero si casualmente tiene *samogonka* en casa... no me vendría mal.

Mi madre le sirvió nuestro aguardiente casero, él bebió, y me acuerdo muy bien de cómo echó hacia atrás la cabeza y cómo, en el cuello estirado cubierto de hirsutos cabellos, podía verse que el aguardiente le corría por la garganta. Bebió y bebió sin levantarse. Por fin, el sol se puso, puede que fuera uno de los primeros días del otoño, y mi padre volvió.

—¡Ah, Pantalejmon! —dijo. El campesino se levantó y dijo tranquilamente:

—¡Haga el favor de salir!

—¿Por qué? —preguntó el forestal.

—Acabo de matar a Arina —respondió el campesino sin perder la calma.

El forestal Golubtschik salió enseguida. Estuvieron largo tiempo fuera. No sé de qué hablaron. Solo sé que estuvieron largo tiempo fuera. Tal vez una hora. Mi madre estaba arrodillada delante del icono de la cocina. No se oía ningún ruido. La noche había caído. Mi madre no encendió ninguna luz. La lamparita roja bajo el icono era la única luz de la estancia, y hasta ese momento yo nunca había tenido miedo. Pero entonces tenía miedo. Mi madre estaba todo el tiempo de rodillas, rezando, y mi padre no venía. Yo estaba encogido junto a la estufa. Por fin, puede que hubieran pasado tres o cuatro horas, oí pasos y muchas voces delante de nuestra casa. Traían a mi padre. Entre cuatro hombres. El forestal Golubtschik tuvo que haber tenido un peso considerable. Sangraba por todos los rincones, si se puede decir así. Probablemente el padre de su amante lo había dejado de aquella manera.